

- ◆ ¿Por qué los FRANCESES que, según todos los sondeos, manifestaban un deseo tan grande de cambio, en última instancia han dado la mayoría de sus sufragios a los diputados presentados por La Unión de Republicanos Progresistas, es decir, a la coalición de los tres partidos que mantienen la política inaugurada por el General De Gaulle en 1958 y continuada por sus sucesores durante 15 años? (1).

LAS ELECCIONES FRANCESES:

- ◆ La diferencia entre la suma total de votos conseguidos por todos los partidos de la izquierda (10.861.010) y los diversos partidos de la mayoría gubernamental (11.017.712), es débil: con todo, el hecho queda traducido, a nivel de Parlamento, en 275 curules para la mayoría contra 176 para la oposición de izquierda (73 comunistas, 89 socialistas, 11 radicales de izquierda y 3 de extrema izquierda). ¿Cómo se explican estos resultados?

4 y 11 de Marzo de 1973

Los vencidos lo atribuyen en parte a la falla del sistema electoral francés (escrutinio uninominal en dos turnos, sin reparto proporcional de los votos; es elegido el candidato que en la segunda vuelta haya obtenido más votos, aunque no sean más de 10 en una circunscripción de 30.000 electores), y en parte lo atribuyen también a la táctica seguida por los "centristas" (Partido reformista) que con 3 millones de sufragios en la primera vuelta (12,5%) se han inclinado generalmente hacia la mayoría gubernamental en la segunda vuelta. Estos "centristas" han logrado 30 puestos, lo cual no les permite ser los árbitros de la situación como lo esperaban: aritméticamente la mayoría no tiene necesidad de ellos para gobernar.

Sin embargo, la aritmética electoral no lo explica todo. Presentamos las dos interpretaciones más fundamentales que, a nuestro entender, explican el resultado de las elecciones del 4 y 11 de Marzo.

LA CONSTITUCION DE LA QUINTA REPUBLICA

Por una parte está la Constitución de la Quinta República propuesta por el general De Gaulle y aprobada por varios sufragios populares de 1958 a 1962, con el fin de restablecer la estabilidad gubernamental que tanta falta había hecho en los regímenes anteriores (3ª y 4ª repúblicas); esta constitución hace del Presidente de la República, elegido para siete años por sufragio universal, el verdadero jefe del

poder ejecutivo, como en un régimen presidencialista (tipo USA); pero la Constitución conserva, del régimen parlamentario, la obligación por parte del primer ministro y del gobierno nombrados por el Presidente de la República, de obtener un voto de confianza de la mayoría de la Asamblea Nacional. Además el modo de elegir los diputados (para cinco años y en un momento distinto al de las elecciones

presidenciales) hace muy posible llevar a la Asamblea Nacional una mayoría radicalmente opuesta a la política definida (constitucionalmente) por el Presidente de la República.

La cuestión estuvo sobre el tapete durante toda la campaña electoral: ¿Qué hará el presidente Pompidou si el sufragio popular lleva a la Asamblea Nacional una mayoría socialista-comunista, hostil a su

ROBERT BOSCH: Profesor Universitario en París. Perteneció al equipo de la "Action Populaire" y al Consejo de Redacción de la Revista "Projet" (París). Experto en Relaciones Internacionales. Autor de varios libros.

(1) Estos tres partidos son: UDR (Unión de Demócratas por la República) gaullista; Republicanos Independientes (formación política aliada al gaullismo con reservas, según la fórmula de V. Giscard d'Estaing;

sí, pero...), y el Centro Democrático y Progresista, fracción del Centro Demócrata que aceptó entrar en la coalición gubernamental en 1968. Ellos constituyen lo que en este artículo llamamos "la mayoría gubernamental".

política como Presidente? ¿Deberá someterse (nombrar un primer ministro socialista), o dimitir (renunciar a su cargo como lo hizo De Gaulle en 1969, cuando fue rechazada una de las proposiciones sometida al referendun popular)? M. Pompidou ha rechazado siempre una respuesta clara. Su objetivo era el de obtener una aprobación suficiente de su política para no estar expuesto al dilema: someterse o renunciar. Por esta vez le ha resultado bien, pero el problema queda intacto: en caso de que en las elecciones presidenciales de 1974 fuera elegido

un presidente socialista, ¿cómo podría gobernar con la asamblea nacional elegida el 11 de Marzo de 1973 y mayoritariamente no-socialista?

El conflicto es inevitable a mediano o largo plazo; a no ser que se quiera instalar un régimen de partido permanentemente predominante sin posibilidad de alternancia en el poder, donde la oposición fuera solamente tolerada para salvar la fachada democrática. Pero, ¿qué diferencia habría entonces entre esta manera de gobernar y la de un régimen totalitario de partido único? Toda la estrategia del

gobierno, durante la campaña electoral, ha consistido en explicar con cifras las tasas de crecimiento económico y en mostrar que la prosperidad real del país estaría gravemente comprometida si se cambiaba el equipo en el poder. Con la fuerza de números estadísticos se mostraba que los países que tomaban el camino socialista (se citaba muchas veces a Chile como ejemplo) rápidamente caían presos de la penuria, de la inflación y del desastre económico. La táctica era buena y dió resultado.

LA ACTUACION DE LA IZQUIERDA

No obstante lo dicho, el resultado no debe ser atribuido únicamente a los reflejos conservadores de las masas. Hay que reconocer además, que el gobierno supo utilizar con mucha habilidad las debilidades y contradicciones de la izquierda.

Todos los sondeos pre-electorales predecían una altísima votación socialista-comunista; se preveía que los electores apoyarían el "programa unido de la izquierda" entre un 45 y un 48%. En la primera vuelta del escrutinio —donde se escogió según las preferencias entre 8 ó 10 candidatos, donde cada uno presentaba su programa, todos muy "atractivos"—la Unión de la Izquierda obtuvo efectivamente el 42% de los votos, la coalición gubernamental solamente el 35% y el resto se dispersaba entre "centristas" y diversos pequeños partidos extremistas de derecha y de izquierda. Queda por explicar por qué esta mayoría relativa (42% de la izquierda y 35% del gobierno) no se repitió en la segunda vuelta. (2)

La razón, a nuestro parecer, consiste en que la "Unión de la Izquierda" (socialistas + comunistas + radicales de izquierda), a pesar de un gran esfuerzo de propaganda generalmente inteligente, no logró aparecer CREIBLE a la mayoría de los franceses. M. Mitterrand había logrado el éxito de reagrupar alrededor de sí casi todas las fuerzas socialistas y además la aceptación, por parte del partido comunista, de un programa común de gobierno donde estaban afirmados y garantizados los valores esenciales del socialismo no-totalitario. Por su parte el Partido Comunista no presentaba ninguna novedad y se dedicaba a proclamar declaraciones en favor de la libertad: a M. Marchais, su secretario general, se le veía afirmar en televisión que bajo un régimen comunista francés, Soljenitsyn no tendría ninguna dificultad en publicar sus obras. En una palabra, el "Frente Popular" socialista-comunista, de tan buenos recuerdos para el pueblo francés, se había vuel-

to a constituir. En estas condiciones, gran número de cristianos no veían inconveniente en votar por la Unión de la Izquierda, a pesar de que pareciera faltar precisión al programa común presentado por ellos. ¿No valdría la pena dar una oportunidad a un Frente Popular que prometía un "cambio de vida", que ofrecía transformar el estilo de gobierno excesivamente tecnócrata, en que el Parlamento está reducido a ser una oficina de reclutamiento; donde el poder no parece estar capacitado para escuchar ni a los partidos, ni a los sindicatos, ni a la juventud; donde todo se decide desde arriba sin verdadera participación popular? No hay duda que en la última semana de la campaña electoral, la coalición gubernamental tuvo miedo. ¿Qué es lo que ha podido proporcionar un aplazamiento de cinco años? La respuesta a esta pregunta sería nuestra segunda observación fundamental a propósito de las elecciones.

EL IZQUIERDISMO FRANCÉS

Los resultados de la primera vuelta han demostrado, contrariamente a las esperanzas de muchos, que el partido socialista, a pesar de considerables progresos (20,6% de los sufragios) estaba claramente dominado (en el interior de la Unión de las Izquierdas) por el partido comunista (21,3% de los sufragios). Se comenzaba a dudar de que, en un futuro gobierno de frente popular, el partido socialista fuera capaz de equilibrar las tendencias totalitarias del partido comunista. Como este último no daba ningún signo de independencia con respecto al leninismo puro del que hace pública profesión, entró en juego un reflejo de seguridad. (Algunos discursos televisados acerca de la libertad son insuficientes pa-

ra convencer a un electorado con un mínimo de conocimiento de la historia de los partidos comunistas y que sabe cómo Lenin eliminó todas las tendencias socialistas, fuera de la suya, en Rusia). De ahí que, aquellos grupos de "centristas" que no tendrían inconveniente en votar por "un socialismo de rostro humano" (el de M. Mitterrand, quien en plena campaña electoral tuvo el coraje de presidir una reunión de protesta contra la suerte de Checoslovaquia después de 1968), de hecho inclinaron sus votos hacia la coalición gubernamental: allí por lo menos conocían el juego, aunque no les gustara mucho, pero al menos sabían que la alternancia era posible; al otro lado, a pesar de las seguridades dadas por el partido comunista, no le tenían confianza.

Al día siguiente, pues, de las elecciones, Francia se encuentra en una situación de "los mismos contra los mismos", como lo dijo muy bien M. Seguy, secretario general de la mayor confederación sindical (la CGT de inspiración comunista). Hay el riesgo de que el juego continúe entre un poder seguro de sí, ufano de sus tasas de crecimiento económico y un pueblo insatisfecho en cuanto al régimen de distribución de bienes, descontento por no poder participar nunca verdaderamente en las decisiones de política general, interior y exterior (selección de inversiones, defensa nacional...) que condicionan su vida y el porvenir de su juventud (ésta expresa ya fuertemente su descontento y a veces hasta su desesperación).

(2) En la segunda vuelta, según la fórmula tradicional, ya no se escoge, sino que se elimina; es decir, como no quedan en pista más que dos candidatos o a lo más tres, se vota para cortar el camino a aquél que se quiere eliminar: así muchos "centristas" que no habían querido votar

ni por la mayoría gubernamental (Unión de los republicanos progresistas), ni por la oposición socialista-comunista, estaban obligados en la segunda vuelta del escrutinio a escoger entre "dos malos": por su voto, ellos eliminan al que les desagrada más. En la mayor parte de los casos ellos han eliminado al candidato comunista;

a veces, en caso de que en tal circunscripción quedaran en pista un candidato socialista (mejor colocado que el comunista para el primer lugar), y un candidato gubernamental claramente conservador, ciertos centristas habrían preferido eliminar al conservador y dar su oportunidad al socialista.

En estas condiciones, se pueden temer en cualquier momento impaciencias por parte de los ciudadanos frustrados o torpezas por parte del poder que degeneren en violencias y desencadenen un movimiento de rebelión análogo al que sacudió al país en mayo de 1968. Sin embargo, se puede esperar que el gobierno, iluminado con los signos de desconfianza recibidos en los escrutinios del 4-11 de marzo, descenderá al fin de su pedestal, tendrá muy en cuenta la voluntad pacífica pero firmemente expresada por la opinión pública, dispondrá canales de participación, cumplirá al menos las promesas sociales hechas durante la campaña electoral.

Esto no será el "cambio de vida", el cambio de régimen que muchos (casi la mitad de los franceses) dijeron desear. En realidad los franceses hablan mucho de socialismo, pero en conjunto no quieren seriamente un cambio radical de las estructuras sociales y económicas en que viven. Se dice que estas elecciones han sido la victoria del extremo-centro. En su originalidad la fórmula es feliz y justa. Los diputados "centristas" son un grupo muy minoritario (como lo son generalmente los "extremo-derechas" y los "extremo-izquierdas"); relativamente pocos ciudadanos votan por ellos (porque no está bien visto estar en el centro, es un signo de

"tibieza" política). Por eso el "voto" centrista es minoritario, pero la mentalidad centrista (ni conservadora ni revolucionaria) está muy extendida y es probablemente dominante en el conjunto nacional. En el estilo gaullista, nosotros diríamos que el extremo-centro es el "rechazo de la doble hegemonía": la de una derecha que quiere perpetuar el poder y la de una izquierda que se supone que quiere tomar el poder para no dejarlo más. El extremo-centro rechaza comprometerse en caminos donde no podría volver atrás. Es evidente el riesgo del inmovilismo: pero sin duda ninguna es la nota dominante de estas elecciones.

MIRANDO AL FUTURO

Para que el país se vuelva a poner en movimiento, probablemente será necesario: por una parte, una revisión constitucional que permita efectivamente un cambio de equipo gubernamental (la alternancia), sin introducir cada vez un conflicto insoluble entre el Presidente y la Asamblea (pero se puede dudar que el equipo que se ha beneficiado del régimen actual tenga el coraje de proponer una tal revisión); por otra parte, que la unión de la izquierda sea más confiable, que el partido comunista en particular acepte evolucionar y poner en cuestión algunos de sus dogmas.

Un buen analista de la realidad política, Maurice Duverger (Le Monde, 15 de Marzo) contempla, en un artículo titulado "Un quadrille bipolaire", una posible evolución en el sentido siguiente. Los elementos más abiertos de la coalición gubernamental, a saber: el partido de los Republicanos Independientes cuya figura más conocida es el ministro de Finanzas Valéry Giscard d'Estaing, posible candidato en las elecciones presidenciales de 1976, reconocerán su parentesco político con la mayor parte de los "centristas" y de los "reformadores" y los invitarían a constituir un "polo" dinámico de derecha. El otro polo de la vida política francesa ya existe: es la unión de la izquierda, donde François Mitterrand, otro posible candidato en las elecciones presidenciales de 1976, ha demostrado capacidad para movilizar la opinión pública en favor de un cambio socialista de las estructuras del país: será menester que él pueda estar reagrupado con aquellos socialistas de extrema-izquierda (el partido socialista unificado de Michel Rocard, uno de los intelectuales socialistas más brillantes que tenemos en este país) y con aquellos "centristas" abiertos al socialismo que hoy no puede ni quieren confiar en el partido comunista (otro "gran poder" de la Unión de la Izquierda) mientras persevere en su dogmatismo leninista y en sus esquemas económicos superados.

A propósito de estas elecciones se habla del "fin del gaullismo". Esto es exacto en muchos aspectos. La personalidad de De Gaulle era tal que difícilmente se puede hablar de "gaullismo", una vez desaparecido. Pero como el gaullismo era una manera de gobernar más que una doctrina política muy estructurada, se podrá también decir como M. Edgar Faure (también un candidato posible para las elecciones de 1976) que se ha asistido a "un renacimiento del gaullismo", interpretando cada uno a su manera el pensamiento del gran hombre y recogiendo una parte de su herencia. De Gaulle efectivamente ha contribuido a restaurar en el espíritu de los franceses el papel del Estado, ha reafirmado la primacía de la política y la voluntad de resistir a las hegemonías del Este o del Oeste, lo cual indudablemente redundará en bien tanto de la izquierda como de la derecha.

Como sucede en casi todos los países del mundo, las elecciones en Francia no han dejado mucho lugar para los problemas de política extranjera: después de tres meses mirándose a sí mismos, los franceses se han encontrado de repente enfrentados a la crisis monetaria internacional, a las necesidades de la construcción europea, al mismo tiempo que al problema económico del "mercado común" y al problema político del tratado de seguridad Este-Oeste en curso de negociación en Helsinki. Ante las exigencias financieras americanas que toman a veces visos de intimación (según el principio de que la salud económica de los Estados Unidos es necesaria para la salud del resto del mundo), los diversos gobiernos europeos no tienen una estrategia común y las opiniones públicas difícilmente lo comprenden. Existe además en cada país la tentación de un ciego repliegue sobre sí mismos (con o sin cambio de régimen socio-económico) más que la ilusión de creer en la solución de los problemas por la fusión en el gran conjunto europeo (o para algunos, atlántico).

Las elecciones de Marzo de 1973 muestran que los ciudadanos franceses están todavía muy poco "concientizados" a nivel de los problemas políticos y económicos de la sociedad internacional: perciben mal las incidencias de esos problemas sobre su vida cotidiana y sobre las escogencias de sociedad que los partidos políticos les invitan a hacer. Por lo tanto, la manera cómo esas tensiones y conflictos internacionales sean abordados y resueltos será lo que decidirá las posibilidades concretas de transformar la sociedad. Parece que las grandes confederaciones sindicales de trabajadores son, desde este punto de vista, más realistas que los partidos políticos. Ahora que la batalla electoral ha terminado, la palabra pasa a las dos principales confederaciones de trabajadores, la CGT (de tendencia comunista) y la CFDT (que persigue la realización de un socialismo de autogestión), ambas muy decididas a hacerle la vida dura al gobierno que los próximos días será designado por el Presidente Pompidou, para que respete más la opinión de los trabajadores y sus necesidades.